

José Antonio está presente en nuestros afanes

¿Cuál habrá sido la impresión de cada uno de vosotros, camaradas estudiantes, al acabar el curso? Durante muchos meses habéis vivido a diario en la tensa existencia de la Falange, habéis llegado a entender la vida a través de una actitud completa, de un sentido total, aplicable a lo grande y a lo menudo; vuestra postura se ha hecho al garbo de la camisa azul; habéis adquirido un vocabulario inconfundible; y ahora volvéis a vuestras casas, en el campo, en la costa, en pequeñas ciudades de la provincia; algunos hallaréis que el aliento de la Falange ha llegado hasta vuestras casas, y que en ellas vuestro lenguaje no disuena. Pero muchos, probablemente los más, chocaréis con una cosa impalpable que os hará sentirlos como forasteros en el contorno de vuestra infancia. Acaso habíais imaginado que al compás de vuestro crecimiento interior todo crecía por igual en todas partes. Y ahora, de pronto, descubrís que todo sigue, allá en los lugares nativos, tal como estaba antes de que empezara para vosotros la gozosa iniciación de la Falange.

Quizá los que no vacilasteis en las ocasiones de mayor peligro, empecéis a desfallecer al encontraros solos, lejos de todo camarada, entre un ambiente escéptico cuando no hostil. Os acometerá el desaliento de pensar que todo lo que hacemos es inútil contra la sordera pétrea de España.

Si alguno vacila, que acuda pronto con el alma a la comunidad de toda la Falange, tendida en cuerdas invisibles durante los meses de separación a través de las tierras españolas. Y oirá la voz entrañable de la Falange que le dice: Nosotros no queremos vegetar en el orden antiguo. Bajo él, España soporta la humillación internacional, la desunión interna, la desgana de las empresas gran-

des, la incuria, la suciedad, la vida infrahumana de millones de seres.

Hoy mismo, bajo este sol supercaliginoso en que todos los egoísmos de España sólo aspiran a la siesta, hay pueblos y pueblos españoles abrasados, sin una hoja de árbol que temple la ferocidad del clima, en los que no es posible beber un vaso de agua que no sepa a sal o a podredumbre. Y nada de eso puede remediarse a paso conservador (es decir, dentro del "orden", del respeto a los "derechos adquiridos" y demás zarandajas), sino metiendo el arado más profundo en la superficie nacional y sacando al aire todas las reservas, todas las energías, en un empuje colectivo que un entusiasmo formidable encienda y que una decisión de tipo militar ejecute y sirva. Hay que "movilizar a España de arriba abajo", ponerla en "pie de guerra". España necesita organizarse de un salto, no permanecer en cama, como enfermo sin ganas de curar, entre los ungüentos, y las cataplasmas de una buena administración.

He aquí, camaradas, como ahora más que nunca son necesarias las consignas de nuestra fe. Antes, todavía, la incomodidad ahuyentaba el ensueño de España; ahora nada cierra el paso al sopor. Todos los gusanos se regodean por adelantado con la esperanza de encontrar a España dormida, para recorrerla, para recubrirla de baba, para devorarla al sol. Sea cada uno de vosotros un aguijón contra la somnolencia de los que os circundan. Esta común tarea de aguafiestas iluminados nos mantendrá unidos hasta que el otoño otra vez nos congrege hasta los hogares conocidos. El otoño, que acaso traiga entre sus dulzuras la dulzura magnífica de combatir y morir por España.